

TRES ENCUENTROS *INEXPLICABLES* CON SANTIAGO GARCÍA

Three encounters with Santiago García

Carlos García Ruiz
Universidad El Bosque - Colombia

Resumen: En este artículo se presenta una visión alrededor de Santiago García basada en algunas situaciones personales que el autor vivió junto a él. Al tiempo, relata su opinión sobre varios textos de García que puede trabajar y subraya el buen humor que siempre le acompañó.

Palabras clave: Teatro; Vivencia; Vida/obra.

Abstract: This article presents a vision around Santiago García based on some personal situations that the author lived with him. At the same time, he relates his opinion on various texts by García that he can work on and underlines the good humor that always accompanied him.

Keywords: Theater; Experience; Life and work.

En los momentos en que escribo estas líneas, finales de octubre de 2020, se cumplen aproximadamente siete meses del fallecimiento de Santiago García. Para escribir este texto, me basaré en mi experiencia personal y profesional en los últimos once años que he vivido en Colombia. Quiero aclarar este punto porque sobre su figura podemos encontrar muchas y variadas opciones de documentación, especialmente después de su fallecimiento, por eso creo que mi aporte podría ser más interesante al partir de la visión de un extranjero en Colombia. Plantearé esta reseña personal, si es que podemos llamarlo así, partiendo de tres encuentros que mantuve con Santiago García a lo largo de estos años mientras salpico el relato con diferentes comentarios sobre lo que entiendo fue su trabajo.

La primera vez que puse un pie en Colombia fue en el año 2004. Aunque no aterricé desde España, hice el viaje desde Perú. Con mi antigua compañía *Teatro Cítrico* estábamos trabajando en el Centro Cultural de España en Lima, así que aproveché el viaje y llegué a Bogotá para ver una puesta en escena de mi obra *Medias Naranjas* (1999), dirigida por Vilma Sánchez. Un día de aquella primera semana en Colombia, mis anfitriones me llevaron al Teatro de la Candelaria a ver *En la raya* (1992). Mi primera impresión fue muy grata, y en parte romántica, al conocer el Teatro de la Candelaria con su patio interior colonial como lugar de espera antes de entrar en la sala. La función me sorprendió por el estilo de la puesta en escena y el trabajo actoral, aunque también debo decir que no entendí casi nada de lo que decían los actores; todavía no tenía el oído afilado para el acento colombiano y mucho menos para el tipo de personajes que pululaban por el escenario. Después de la función, me presentaron a Santiago García. Brevemente hablé con él y me dijo que volviese al día siguiente al mediodía, después de su ensayo. Y así fue.

Encontré a Santiago almorzando junto a otros actores después de ensayar. Me senté frente a Santiago y me sirvieron la comida sin yo pedirlo, no recuerdo si pagué. Empezamos a charlar entre risas. Hablamos de varias compañías españolas, especialmente sobre *La Zaranda*; del Festival Iberoamericano de

Cádiz donde habíamos coincidido años antes; y también de alguna obra de Sanchis Sinisterra. No recuerdo mucho más, aunque lo que sí recuerdo es la velocidad con la que hablaba mientras comía, muchas de las cosas que explicó no las pude entender demasiado bien. Me dijo que volviera la próxima semana, que hacían otra obra, no recuerdo cual, y me invitaba, que me iba a gustar, que aprovechara el viaje... Fueron aproximadamente quince minutos muy intensos, divertidos y rápidos, luego se despidió porque tenía algo que hacer. Conclusión: en mi primer encuentro con Santiago García, ni le entendí muy bien a él ni entendí la obra que había visto en el Teatro de la Candelaria, pero me reí bastante.

Se considera a Santiago García el *arquitecto* del teatro colombiano, quizá esta expresión está apoyada en el hecho de que se graduó como arquitecto en la Universidad Nacional de Colombia. Es un hecho indiscutible que, junto a Enrique Buenaventura, abrió nuevos caminos para el teatro en Colombia a partir de los años sesenta. Si el teatro en Colombia fuese un edificio en construcción, Santiago García sería un nivel muy importante para su evolución y estabilidad futura. En este edificio, y previo a él, encontraríamos a Fanny Mikey (1930-2008), Carlos Emilio Campos “Campitos” (1906-1984), Luis Enrique Osorio (1896-1966), Antonio Álvarez Lleras (1892-1956), o Luis Vargas Tejada (1802-1829), hasta llegar a Fernando Fernández de Valenzuela (1616-1677) como primer dramaturgo nacido en la actual Colombia del que tenemos noticia. Todos ellos, y muchos más, han aportado diferentes ladrillos a este edificio en eterna construcción que es el teatro colombiano: desde la escritura, la dirección, la producción o el simple entusiasmo, al que se suele dar bastante poco reconocimiento. Quizá podríamos imaginar que este edificio en construcción, en un momento dado de su historia, necesitaba nuevos planos que apuntalasen el futuro inmediato del arte escénico en el país. Se necesitaba un arquitecto.

Santiago García llegó en una época especialmente convulsa políticamente para latinoamérica; aunque la verdad es que no sé si es que hay épocas menos complicadas en esta parte del mundo. Es posible que su propuesta alrededor de la Creación Colectiva, que hunde sus raíces en Brecht, fuese lo que necesitaba el

país, quizá no cabía otra opción. Como buen arquitecto, sus planos artísticos definieron las líneas maestras del sector escénico colombiano alrededor de la socialización, la participación plural y la creación de nuevos públicos. García aunó en una sola figura las labores de dramaturgia, producción, dirección, enseñanza y agitación cultural; esfuerzo titánico que merece recompensa siempre. Con los años, este trabajo colocó a la Compañía *La Candelaria* como uno de los referentes mundiales de ese “otro teatro” que vive al margen de los grandes circuitos comerciales y, también con el tiempo, llegó a crear su propio proyecto nacional e internacional de circulación; cuestión esta que desde el ángulo de la gestión de proyectos artísticos merecería una investigación aparte. No obstante, no quiero profundizar más en los aportes estéticos e ideológicos del arquitecto García a ese gran edificio que es el teatro en Colombia, estoy seguro que otros colegas tocarán mejor este punto. Yo dije que me centraría en mi experiencia personal, así que vayamos a mi segundo encuentro *inexplicable* con Santiago García.

A partir de 2009 me asenté en Colombia realizando varios proyectos y trabajando como docente y gestor, primero en una escuela no formal y luego en la Universidad El Bosque. Durante estos años fui muchas veces al Teatro de la Candelaria, a las oficinas de la Corporación Colombiana de Teatro (CCT) y a la sala Seki Sano. Fugazmente me cruzaba con Santiago García por aquí y por allá, aunque progresivamente le perdí la pista. Pasó el tiempo y en 2014 fui a la Candelaria a ver la obra *Si el río hablara* (2013) un día cualquiera entre semana. La obra se estaba retrasando varios minutos por una cuestión técnica, la sala estaba llena y el público impaciente, cuando de repente una figura al fondo de la gradería, se levantó de su silla y gritó:

-¡¿Esto no va a empezar nunca o qué?!

Todos nos giramos a mirar. Hubo un silencio. Y de repente el público empezó a aplaudir. Aquel hombre que se levantó a gritar era Santiago García, sonrió, saludó y alguien a su lado le ayudó a sentarse de nuevo. Lo interesante es que no fue necesario explicar nada, el público al reconocerlo inmediatamente le regaló una ovación. Quiero pensar que fue una reacción inesperada del

inconsciente colectivo teatral, porque definiría muy bien la importancia del aporte de este creador al arte escénico en Colombia. Yo, de nuevo, como aquella primera vez diez años antes, después de la función le busqué y me acerqué a él. Hablamos brevemente: decía que me reconocía, que se acordaba de mí y de aquel almuerzo en 2004, me preguntó qué estaba haciendo, no dejó de reírse en todo el rato, volvió a nombrar el Festival de Cádiz, y de nuevo me invitó a encontrarme con él al día siguiente, después del ensayo. La mujer que lo acompañaba discretamente lo abrazó y se despidió. Como aquella primera vez en 2004, no entendí muy bien a Santiago, pero me reí bastante, y me quedé con ganas de charlar más en profundidad con él.



*Foto del autor con Santiago García en su tercer encuentro, 22 de julio de 2016.
Nota. Archivo personal del autor.*

Como escritor, me interesa la parte más dramática de su trabajo. Creo que he leído la mayoría de las obras escritas o dirigidas por él, incluyendo las

creaciones colectivas en las que participó. No obstante, solo destacaré algunas que por diversas razones me han llamado más la atención. Como español y amante del teatro clásico, anoto aquí *Diálogo del rebusque* (1981), basada en textos de Quevedo, y *El Quijote* (1999), versión libre de la novela de Cervantes. Ambos textos los leí y por suerte también pude verlos representados. Me hace pensar que García tenía muy presente la tradición literaria del Siglo de Oro español y era consciente de su cercanía al público dado su carácter popular y directo, sabía perfectamente que podían cumplir con esas líneas de trabajo que comentamos sobre la creación de públicos y la socialización del teatro. Otro de los textos que tuve la oportunidad de conocer bien fue *Corre, corre Carigüeta* (1987), basado en la *Tragedia del fin de Atau Wallpa* (anónimo quechua del siglo XVI), con el que participé en 2016 en una lectura dramática dirigida por Catalina Medina; obviamente, yo hacía el papel del despiadado Francisco de Pizarro. También disfruté mucho leyendo *Manda patibularia* (1997), texto dramático inspirado en la novela *Invitación a una decapitación*, de Vladimir Nabokov, y aunque nunca coincidió que pudiese verla representada, me planteé en algún momento una posibilidad de montaje porque la idea de partida de la obra realmente me parece muy atractiva.

Finalmente, debo destacar, y diría que entre todas sus obras propias y ateniéndome a sus virtudes dramatúrgicas, *Maravilla Estar* (1989). La historia de Aldo Tarazona y Alicia aparece sobre la escena, o entre las páginas del libro, como un reflejo de las muchas influencias que tuvo García en su periplo literario: desde Beckett a Brecht, pasando por Borges, Kafka, Milan Kundera, o James Joyce, entre otros. Leí a profundidad *Maravilla Estar* porque un grupo de la Universidad El Bosque, dirigidos por Victor Muñoz, la presentó en el Festival Internacional de Teatro Universitario de Manizales en octubre de 2015 como proyecto de grado. Me tuve que empapar mucho de la obra en aquel momento para acompañarlos y, de alguna forma, reconozco que fue el detonante de mi proceso de interés e investigación más concreto sobre la dramaturgia de García; más allá de su trabajo como director, maestro o figura artística destacada. Desde mi punto de vista, es

el texto dramático que presenta una estructura más perfecta y equilibrada de entre todas sus dramatúrgicas. La evolución de sus personajes, sus conflictos y decisiones, aún siendo inesperados, resultan coherentes dentro del mundo onírico que nos plantea el autor, cosa que no resta emoción ni tensión dramática a la historia. Siempre he pensado que el personaje de Aldo Tarazona en *Maravilla Estar* es un reflejo directo del propio Santiago, un alter ego literario que el autor usó, quizá de forma consciente, para plantear en escena diferentes inquietudes que posiblemente por aquella época le corrían por la cabeza. Por otro lado, siempre me quedará la duda de saber a quién representa el personaje de Alicia, pero creo que eso ya sería harina de otro costal más privado. Debo decir que, a pesar de mi limitado conocimiento sobre su universo creativo, este aspecto de la asociación del personaje con el autor, y viceversa, me resulta muy atractivo y hace que *Maravilla Estar* sea mi obra preferida del maestro García.

Mi tercer y último encuentro con Santiago García se produjo en julio de 2016¹. Fue en la Sala Seki Sano, y como siempre fue una dulce coincidencia. Estaba organizando algo con la CCT para la universidad y me encontré con él sentado en el patio central tomando un café. Continuamente le acompañaba una mujer que, con mucho cariño, le conducía de un lado a otro. De nuevo intenté hablar con él, y de nuevo el resultado fue inesperado. Al poco de hablar me cortó y dijo: “El camino de la virtud es estrecho”. Y empezó a reír entre dientes de forma muy simpática. Lo cierto es que fue difícil entablar una conversación con él porque llegado un momento me habló en alemán y ya no supe seguirle el hilo. Conseguí que nos hicieran una foto y, de la misma forma que los otros dos encuentros anteriores, desapareció por las calles del barrio de la Candelaria rápidamente. Me quedó sonando mucho la frasecita aquella sobre la virtud, así que investigué y encontré el origen de la cita completa: “La senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso”. Resulta que era de la segunda parte del Quijote, segundo capítulo, de un diálogo del Quijote con su sobrina. No lo sé, quizá cuando le dije que yo era español le vino a la cabeza la conexión España-Quijote-

¹ Día 22 de julio de 2016, adjunto foto del encuentro.

Cervantes, quién sabe. Lo que está claro es que, incluso en aquel momento donde su memoria se estaba deteriorando, tenía muy presentes a los clásicos españoles, cosa que me llamó la atención. Respecto al comentario en alemán, fue Carolina Ramírez de la CCT, la que me dio la traducción de aquella frase que solía manejar de forma habitual: “Soy el guardián de las puertas del universo, pero se me perdió la llavecita”.

Como han podido comprobar, en mis tres encuentros *inexplicables* con Santiago García, el resultado fue similar: no entendí casi nada, pero me reí mucho. Aunque debo decir que no es algo que me preocupe o me deje un mal sabor de boca, al contrario. Comprender a un creador va más allá de lo inmediato o de una charla, conferencia o taller; entrar en su mundo exige tiempo y dedicación, exige interés y cierta capacidad de investigación empática que podría exceder los límites académicos clásicos. Mis tres encuentros *inexplicables* con él abonaron ese interés por su trabajo, por su aporte a las artes escénicas en Colombia y por la persona detrás del personaje. Y aún teniendo ciertas diferencias con él en la forma de entender el teatro, es indudable que su figura irradia una influencia vital para las artes escénicas colombianas que se puede rastrear hoy en día entre los grupos más jóvenes. Santiago García ya está entre los grandes nombres del teatro latinoamericano y mundial, quizá se escribirán miles de páginas sobre él y su trabajo, todas ellas justificadas y necesarias, aunque yo me quedaré con esos tres momentos de mi vida en los que me lo encontré de frente y consiguió arrancarme una sonrisa.

Recebido em: 19/12/2020

Aceito em: 20/02/2021

Referencias²

APONTE-GONZALES, Maria. Entrevista a Santiago García. Instituto Hemisférico de Performance e Política, New York, 2009. Disponível em: <<https://hemisphericinstitute.org/es/enc09-encuentro-interviews/item/1782-interview-with-santiago-garcia.html>>. Acesso em: 15 dez. 2020.

BUENAVENTURA Enrique; GARCÍA Santiago; TORRES Misael. Tres dramaturgos colombianos. Separata dramatúrgica. Gestus, Bogotá: ENAD, Colcultura, 1996.

GARCÍA, Santiago. La imagen y el espacio teatral. Cuadernos de Ensayo Teatral, nº 26. México: Paso de Gato, 2013.

GARCÍA, Santiago. Teoría y Práctica del Teatro. Bogotá: Ediciones Teatro La Candelaria, 1989.

MONTILLA V. Claudia. Del Teatro Experimental al Nuevo Teatro, 1959-1975. Revista de Estudios Sociales, Bogotá, v. 17, p. 86-97, 2004.

² Nota del autor: Aunque en el texto no aparecen directamente referidos estos trabajos que se indican en las referencias, se facilitan como base para ampliar información.